

XII.

Alfonso el Batallador se hallaba en Búrgos, y Doña Urraca creyó que debia dirigirse á esta ciudad á fin de contener los desmanes de su marido que se entretenia bárbaramente en talar los campos y destruir los pueblos.

Al ver esta indigna conducta y de qué modo faltaba al pacto que él mismo habia propuesto á su esposa, todos los nobles se pasaron al bando de la reina, abandonando la mala y desleal causa de su esposo, y todos, según lo convenido, se dedicaron á favorecer al injuriado, que era la reina.

Esta mujer desgraciada conservó en medio de tantas calamidades un valor que bastaria por sí sólo á darle eterna celebridad, si no hubieran contribuido á encumbrarla su piedad, su generosidad y las aflicciones y reveses que toda su vida la rodearon.

Doña Urraca reunió sus huestes y se dispuso á partir de nuevo. Su hijo no quiso seguirla; aquel niño, amaestrado por cortesanos venales y pérfidos, se habia como emancipado de su madre y se habia forma-



do su córte en Santiago; de aquella córte era el alma el obispo Gelmirez quien, un tanto ambicioso, se acogió á la bandera del jóven rey de Galicia, por ser la que ofrecia más ventajas para el porvenir.

Hallábase Doña Urraca la víspera de salir con el ejército en sus habitaciones del palacio de Leon triste y abatida.

Reclinada en el alto respaldo de su sitial, se veía á su hija Doña Sancha; era la infanta una niña de alta estatura para sus pocos años y que prometía una belleza á un tiempo suave y expresiva; sus ojos oscuros estaban llenos de ternura; criada casi siempre en la soledad, pues habia perdido á su padre muy temprano y su madre se hallaba siempre agobiada con los trabajos de la guerra, habia impresa en las facciones de Doña Sancha una gran melancolía.

Sus cabellos castaños eran abundantes y hermosísimos; su tez ostentaba la nítida blancura de la leche; en sus mejillas, á pesar de su tristeza, brillaban las rosas de la infancia, con esa gracia que sólo sabe imprimir la mano soberana de Dios.

Vestia muy sencillamente una túnica de lana, color de cielo, sujeta á su delicado talle con una banda blanca.

—Madre, dijo despues de un rato de silencio, ¿os vais mañana?

—Sí, hija mia, respondió Doña Urraca, sin poder reprimir una lágrima que asomaba á sus ojos.

—Y yo, ¿dónde me quedaré? preguntó de nuevo la infanta.

—Aquí.

—¡Aquí! ¿Sola?

—Sola, hija mia; hoy á nadie puedo confiarle; tu madre no tiene amigos, porque no merecen este nombre sus parciales.

—¿Qué habeis hecho, pues, á todos, madre mia, que nadie os ama? preguntó cándidamente Doña Sancha.

—Sólo les he hecho bien, respondió tristemente la reina; si los obispos me han favorecido con algunas alhajas de sus iglesias, por cada cruz de oro que me han dado, les he cedido una villa; he perdonado á todos, no he vengado mis agravios, ni mi conciencia me remuerde de falta alguna; sin embargo, Dios quiere que padezca: ¡hágase la voluntad de Dios!

—Pero, madre mia, ¿no dicen que Dios es siempre justo y bueno?

—Y lo es: dudarle es una impía ingratitud; quizá Dios me prueba porque me ama; quizá su misericordia me guarda, trás las penas de esta vida, otra vida mejor y más dichosa; tú quedarás aquí, hija mia. El anciano caballero D. Pedro Ansures quedará á tu lado y te cuidará; eres aún muy niña para venir conmigo; de lo contrario, te llevaria.

—¿Á la guerra? ¡Dios me libre, exclamó Doña Sancha, que era tímida en extremo: nunca, nunca iré yo á la guerra, madre mia! rezaré por los que pe-



lean; pero jamás tendré el valor que hay en vos para presenciar los combates.

Al día siguiente partió Doña Urraca al frente de su ejército, y no bien supo su marcha su hijo el joven rey de Galicia, envió en busca de su hermana emisarios seguros.

Don Pedro Ansurez se resistió lo que pudo; pero al ver la decisión de la infanta que, aburrida y amedrentada con la soledad, deseaba reunirse á su hermano, la acompañó él mismo.

Alfonso VII no volvió ya á separarse de su hermana.

Le concedió el título de Reina y la sentó á su lado en el trono.

Aquel trono y aquel título no los perdió la infanta ni aun cuando su hermano tomó esposa, y los conservó hasta la hora de su muerte.

En cambio la desgraciada reina de Leon y Castilla se vió separada de sus dos hijos y quedó absolutamente sola sobre la tierra.

¡Pobre soberana!

¡Todos los amores se le huían como sombras, así que acercaba á ellos su mano!

El vacío y la soledad la circuían por todas partes y helaban su corazón, tan tierno y tan generoso.

Para colmo de desgracias, al verla de nuevo al frente de su ejército, la calumnia volvió á aguzar con mayor fuerza su aguijón.

Sucesivamente se le atribuyeron por amantes todos los señores de alguna valía que mandaban sus tropas.

Bastaban sus enemigos para desacreditarla y la noticia de sus soñados desórdenes ha llegado hasta nosotros entre las páginas de la historia.

Sorda ya á todas las imposturas, indiferente á todas las calumnias, adelantó hasta Búrgos, de cuyo castillo, ciudad y territorio arrojó á su marido, quedando dueña absoluta de él, y entrando en Búrgos con todos los honores del triunfo y rodeada de su corte.

Don Alfonso se halló reducido á la última extremidad; sin tropas, sin dinero, no sabía qué partido tomar, y fué tal su apuro por el pronto, que envió á la reina embajadores solicitando unirse á ella de nuevo y con las protestas del más completo arrepentimiento.

La reina se negó decididamente á volver á la vida conyugal con D. Alfonso, á pesar de estar compuesta la embajada de personas respetables y de la nobleza más encumbrada del reino de Aragon.

Desde aquel día quedó irrevocablemente decidida la separación de ambos esposos, según lo dispuesto por el soberano pontífice, y D. Alfonso debió perder para siempre la esperanza de volver á reunirse con su infeliz esposa.

Sujeto el territorio de Búrgos á su devoción, marchó la reina á Compostela, cuya ciudad le dijeron que estaba en grande alarma.



Por desgracia, se habían suscitado algunas discordias entre Doña Urraca, su hijo D. Alfonso y D. Diego Gelmirez, y aunque estas discordias se arreglaron, como no podían ménos de arreglarse, tratándose de personas entre quienes mediaban tantos intereses recíprocos, los descontentos vieron fallidos con semejante unión, sus esperanzas de continuo desorden, y se entregaban ya á los más punibles excesos que reclamaban un severo y pronto escarmiento.

Era cerca de la noche de un nublado y triste día de invierno, cuando llegó Doña Urraca al frente de las puertas de la ciudad, que se le abrieron, pero sólo para ver el espectáculo más triste.

Discurrían por las calles numerosos y compactos grupos de amotinados con ese sordo y tenebroso murmullo que en todas épocas ha precedido á las sediciones.

De repente los gritos de *¡abajo Doña Urraca!* se dejaron oír por todas partes; la reina que, á pesar del valor de que había dado pruebas, sintió desmayar su fortaleza, puso al galope su caballo y se refugió en la iglesia del Santo apóstol Santiago, patron de la ciudad.

Dejó á la puerta al inocente bruto, que fué víctima del furor del populacho, y, aterrorizada, se dejó caer de rodillas ante el altar mayor.

— ¡Qué es lo que yo he hecho, Dios mío! exclamó; ¿Qué he hecho para que todos los míos se levanten contra mí? Privada de mis hijos, viuda de todo amor,

¿debo dejar también el trono de mi padre? Decídmelo, Señor, y hágase vuestra santa voluntad!

De repente sintió un terrible extrépito y las palabras se helaron en sus labios; la puerta se abrió y vió entrar á un hombre anciano, al que empujaban bárbaramente algunas gentes del pueblo.

— ¡No queremos reyes, ni privados! vociferaron; no creemos en vuestras aparentes discordias; la reina nos cansa ya, y vos os lleváis todo el dinero del reino, le esquilmais, le teneis pobre! ¡Id adentro y preparaos á morir con ella!

Volvióse Doña Urraca y vió al obispo de Santiago D. Diego Gelmirez.

La puerta de la iglesia se cerró, y la reina y el prelado quedaron solos.

Sin embargo, D. Diego no se atrevía ni aún á mirar á la reina, y permanecía arrinconado en un extremo.

A poco el resplandor de un incendio vino á iluminarlos; los sediciosos habían prendido fuego al templo.

— ¡Cielos! exclamó la reina: ¡Somos perdidos! ¡Oh, mi hijo! ¡Dónde estará que no viene á socorrer á su madre!

El silencio siguió á estas palabras; las llamas crecían cada instante más y ya lamían una parte de las paredes del templo.

— Don Diego, olvidemos por completo todas nues-



tras diferencias y recibid mi confesion, dijo la reina; los dos vamos á morir; no me mireis ya sino como á vuestra penitente.

En efecto, Doña Urraca se arrodilló á los piés de D. Diego é hizo humildemente su confesion.

—¡Favor á la reina! gritó el obispo no pudiendo contener el exceso de su terror, al ver á Doña Urraca próxima á perecer.

—¡Callad! replicó ésta; jamás debe una reina pedir favor al pueblo que la desconoce.

Y pálida, con el cabello destrenzado, se recostó contra un banco de piedra y se preparó á morir, rezando con todo fervor y devocion.

Entretanto el obispo corrió á la puerta y repitió golpeándola:

—¡Favor á la reina! ¡Salvad á la hija de Alfonso VI!

Las puertas se abrieron y D. Diego tomó á Doña Urraca de un brazo y la obligó á salir en su compañía.

Pero, ya en la calle, se dividieron los pareceres.

Querian unos que se la dejase salir de allí en libertad.

Otros pretendian guardarla en rehenes, para precaver por este medio los castigos que se pudieran imponer á la ciudad rebelde y sediciosa.

En este debate, alguno se atrevió á poner su mano sacrilega sobre la persona de Doña Urraca, la que, poseida de dolor é indignacion, cayó al suelo presa de un desmayo mortal.

Algunos historiadores dicen que el desenfreno del populacho, llegó hasta inferir á la reina los últimos ultrajes; otros más cautos dicen sólo, que le *perdieron el respeto*.

El abad de San Martin pudo llegar hasta la reina á la que envolvió en una capa y condujo hasta la iglesia de Nuestra Señora, donde halló asilo.

La actitud del abad y la del obispo Gelmirez, quienes, depreciando los ahullidos de las turbas, defendian á la reina, hicieron volver un tanto en sí á los amotinados.

Algunos de ellos siguieron á Doña Urraca hasta Nuestra Señora, y allí, arrodillados á la puerta del átrio, imploraron su perdon y la gracia de la ofendida soberana.

La reina no respondió.

No veia, no oia; tal era el estupor que de ella se habia apoderado.

El obispo de Santiago y el abad de San Martin le hicieron entender á duras penas que los culpables se arrepentian y le pedian clemencia.

—Sí, respondió sordamente, sí; seré clemente con tal de que ahora me libren del tormento de su presencia. Si no quieren verme morir, que se vayan todos.

Las turbas se retiraron en silencio.

La reina salió de la ciudad aquel mismo dia; ya habia vuelto á la evidencia de su desgracia, y sólo respiraba venganza y exterminio.



Lo primero que hizo fué ponerse de acuerdo con su hijo, que era quien debia salir por su honra, tan vilmente mancillada.

Aquel niño, extraviado por malos consejos é ignorante hasta entónces de lo que habia pasado á su madre, sintió, al saberlo, que la cólera ardia en su alma, y dió orden de que se armasen todos sus vasallos para el asedio de Compostela.

Igualmente acudió el obispo D. Diego Gelmirez con sus tropas, y por último, las de la reina, que segun la feliz expresion del maestro Florez, *bramaba como leon herido*.

Doña Urraca podia perdonar ménos aquella funesta sedicion á los suyos, que todas las calumnias, los atropellos y vejaciones de que habia sido víctima, á sus enemigos y á los parciales de su esposo; y la ingratitud de los vasallos de su hijo, á los que, en tanto que habia sido gobernadora de Galicia, sólo habia hecho mucho bien, le traspasó el corazon.

Devorábala una tristeza profunda; perdió el sueño y el apetito, y de súbito pareció envolverla con su manto de hielo, una vejez prematura.

Sus cabellos, poco ántes tan negros y hermosos, empezaron á sembrarse de canas; su talle se encorvó y se apagó el brillo de sus ojos.

Los tres cuerpos de ejército, el de la reina, el del rey y el del obispo, se reumieron ante la ciudad rebelde, formando uno sólo.

Aquel horrible ultraje inferido á Doña Urraca, habia acabado de allanar todas las diferencias habidas entre los tres, y todos caminaban de comun acuerdo á la venganza, ó mejor dicho, al castigo de los culpables.

Cada uno de los poderosos vasallos de la madre y del hijo, aplicó sus tropas para el decretado exterminio de la ciudad, y ésta fué atacada á un tiempo por todos lados.

Doña Urraca, sus hijos, el obispo Gelmirez y otros prelados ancianos que por su edad no servian para el castigo, se hallaban en una gran tienda que se habia levantado al frente de la ciudad, de la que, segun habia dicho la reina, queria ver caer hasta los cimientos.

De repente, y arrimadas ya las escalas al muro, se abrieron las puertas de la ciudad; el fuego era terrible y parte de los sitiadores se hallaban ya dentro.

Una procesion de hombres y mujeres vestidos de negro, con la frente llena de ceniza, los piés descalzos y una soga al cuello, salió de ella y se dirigió lentamente á la tienda ocupada por la reina.

Eran los canónigos y los pocos habitantes que no habian tomado parte en la conspiracion.

Los soldados que daban la guardia á la familia real, entraron el aviso de que algunos habitantes de la ciudad deseaban verla.

—Decidles, respondió airada Doña Urraca, que



ya no verán jamás la faz de la persona á quien tanto han ofendido, como mujer y como reina: ¡perezca la ciudad maldita sin misericordia!

—Señora, dijo uno de los prelados que habia salido y volvia despues de ver á los que imploraban el perdon de Doña Urraca, son los canónigos y algunos nobles de la ciudad, que ninguna parte han tomado en el motin; ninguno de los culpables se atreveria á ponerse delante de vos; y áun éstos piden ver á Don Diego Gelmirez y al rey y no se atreven á llegar á vuestra presencia.

—Mi hijo y D. Diego, repuso la reina, harán aquello que les plazca mejor; en cuanto á mí, no quiero ver á ninguno que haya respirado en ese suelo abandonado de la piedad divina, y á quien la mia abandona tambien.

El rey, deseando no contrariar á su madre, miró perplejo al obispo.

Vasallos suyos eran aquellos desdichados, y no podia resolverse á dejarlos morir, sin escuchar sus súplicas.

—Señor, la clemencia es el más grande atributo de los reyes, dijo D. Diego adivinando su pensamiento.

—Id, hijo mio, añadió la reina; yo sola soy la ofendida; oidlos, pero sabed que no los perdono; podeis decirlo así.

El rey salió, en efecto, y todos los canónigos se

arrojaron á sus piés demandando el perdon de la reina.

—Señor, decian al rey, interceded con vuestra augusta madre; que nos imponga á todos, así inocentes como culpables, las penas más duras, pero que no se niegue á vernos; que piense en las mujeres, en los niños, en los ancianos; ellos no son reos de delito alguno; ellos la aman, la respetan y la bendecirán toda su vida.

Estos clamores traspasaron las cortinas de seda de la tienda y llegaron hasta Doña Urraca, que, atraida poco á poco por aquellas dolientes voces, se adelantó hasta la puerta seguida de su hija.

Los compostelanos, al ver á Doña Sancha, se dirigieron á ella y se arrodillaron á sus piés, no atreviéndose á hacerlo á los de la reina.

—¡Señora, exclamaron los canónigos, vos, que sois un ángel en la inocencia y en el rostro, compadeceos de nosotros! Interceded con vuestra augusta y ofendida madre; no pedimos el perdon de los culpables, sino la compasion para los inocentes. Que se diezme la ciudad, y de esta suerte se vengará la majestad real, hollada por ellos; pero al ménos, no quedará destruida como Sodoma.

—Madre, ¿oyes? preguntó tímidamente Doña Sancha, volviendo á la reina sus bellos ojos llenos de lágrimas.

La reina, que contemplaba enternecida aquellas



cabezas blancas, humilladas hasta la tierra, respondió con voz profundamente alterada por la emoción:

—¡No permita Dios que yo dé jamás á mis hijos el triste ejemplo de la dureza y de la crueldad! Retiráos, añadió dirigiéndose entre airada y enternecida, á los habitantes de la ciudad; una madre jamás desoye á los que buscan como intercesores á sus hijos.

Los canónigos y nobles se levantaron sin poder dar crédito á tan heroica generosidad.

Aquella mujer, ultrajada tan villanamente y poco ántes tan airada, cedía á las primeras súplicas.

La misma reina acabó de convencerles de que no soñaban; se volvió á uno de los nobles que la rodeaban, y le dijo:

—Id y dad orden de que suspendan las hostilidades contra la ciudad.

Entonces un inmenso clamoreo de bendiciones y de lágrimas se oyó en torno de la magnánima soberana; los enviados de la ciudad besaban el extremo de sus vestidos, la bendecían y pedían al cielo por su dicha y prosperidad.

Al oír la palabra *dicha*, una triste sonrisa plegó los labios de la generosa reina.

¡La dicha!

Era ave de paso, que sólo había tocado á su cabeza con el extremo de sus alas, pero que jamás se había posado á su lado, y bajo su techo.

—Retiráos, dijo á los que habían ido á suplicarle; mañana se os hará saber lo que decido respecto á los rebeldes.

Retiráronse, en efecto, pero llevando la certeza del perdón.

Al día siguiente, apenas amaneció, el pueblo entero corrió á postrarse á los pies de la reina, confesando su iniquidad é implorando su misericordia.

Doña Urraca mandó á D. Diego Gelmairez que se informase de quiénes eran los promovedores del motín, que los diezmasen, y desterrase de ellos sólo cien, evitando absolutamente el derramar una gota de sangre.

Este rasgo de clemencia basta sólo para enaltecer á esta gran reina y para aclamarla como la gloria de su sexo, pues no es posible que quepa en un alma de mujer mayor generosidad.

A pesar del noble perdón concedido á la ciudad, la reina no pudo resolverse á pisar sus calles; no obstante, las súplicas de sus habitantes, y aún de las de su hijo, no pudo vencerse á tanto, y así lo dijo con la noble sinceridad que la caracterizaba.

—Es imposible, exclamó; si entrase en Compostela, mi indignación renacería; que no se pueden olvidar fácilmente las sacrílegas ofensas con que han ultrajado á la Majestad Divina y á la temporal: ya los he perdonado; no me exijais otra cosa.